

DaBar



Ciclo_C

20 de noviembre de 2022
Jesucristo, Rey del universo

nº 60

Año XLVIII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Acuérdate de mí

Es el último ruego de uno de los malhechores colgado junto a Jesús. Todos alrededor manifiestan sus posturas frente al Jesús crucificado: Unos se burlan (¿No es ése el Mesías? ¡Que se salve a sí mismo!) Otros se burlan, haciéndole muecas, y corre entre sus seguidores la sensación del fracaso total de todo lo que venían creyendo. Éste, colgado del madero, ¿les libraré de la opresión romana? ¿No era el enviado de Dios? ¿Y para cuando el final triunfante que esperaban? ¿Para cuándo el Reino?

Sólo uno, que ni conocía a Jesús, ni era seguidor, ni tenía nada que ver con él, reconoce, en unas pocas palabras, la esencia de Jesús y el sentido de todo lo que ocurría. Declara que Jesús irá derecho al reino, con lo que reconoce su inocencia y la injusticia de que es objeto. Y reconoce también su propia culpa, a la vez que confía en la mediación de Jesús para ser perdonado. Pocas veces tres palabras han dicho tanto.

La historia sería distinta si Jesús hubiera aprovechado su condición de "hijo del jefe" para irse de rositas de aquel berenjenal. Imposible creer en un Dios que permitiera a su Hijo dejar plantados a todos los crucificados del mundo, sin perspectiva e impotentes ante el sufrimiento. Y Jesús no estaba obligado, a modo de cabeza de turco, a pasar por todo aquello. Pasó que, tanto habló de justicia, tanto habló de un Reino de Dios en el que triunfarían la caridad y la fraternidad, que llegó a ser muy molesto para las autoridades. Fue su decidido compromiso con los últimos el que llevó a Jesús a la cruz.

Ante esa cruz, debemos los creyentes preguntarnos si ésta nos recuerda el

sufrimiento y la humillación cotidiana de tantos desconocidos que malviven hoy día. Nos arrodillamos ante la cruz para presentar nuestro sufrimiento al Señor, para reclamarle ayuda y fuerzas en nuestra tribulación. Pero no hemos de olvidar venerar al Crucificado en las innumerables víctimas inocentes, identificándonos con los que sufren injusticia, violencia y esclavitud.

El significado de "cargar con la cruz" se va perdiendo en nuestra existencia de bienestar. Hacemos de la cruz un trofeo a besar, a llevar del cuello, recordatorio de la bondad de Dios con nosotros, despojándola de su verdadero sentido: dejando a su hijo colgar de una cruz, Dios nos hizo el mayor regalo de amor, invitándonos a seguir sus pasos con compromiso y responsabilidad. Una cruz triunfalista, pero sin crucificado, se convierte en un símbolo vacío. Besar la cruz debe llevarnos a cuidar de quien está en ella, a reclamar por todas partes atención para los que nadie atiende, a resolver abusos y dar voz a los sin voz. Es sabido que meternos en estos jaleos no nos hará cómoda la existencia, pero es que la cruz va de eso: de llevarla a cuestas.

El malhechor que estaba junto a Jesús hizo la declaración de fe más sentida, honda y espontánea: supo que Jesús le llevaría de la mano junto a él, y no se equivocó, le aseguró ese puesto en el paraíso. Que sepamos decir, en cualquier hora, en nuestra última hora, "Señor, acuérdate de mí "

Nada más es necesario.

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Hemos llegado al final del año litúrgico, con la celebración de la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. El texto del Antiguo Testamento que leemos hoy pertenece al Segundo Libro de Samuel, y narra el reconocimiento de David como rey de Israel. Este reconocimiento no se basa en un simple reconocimiento de la importancia o integridad de una determinada persona relevante, sino que parte del hecho de que, según nos dice el texto, se reconoce que ha sido Yahvé quien lo ha reconocido como tal, con lo cual, reconociendo a David, se reconoce también de forma implícita la elección de Dios hacia este personaje para ser el rey de Israel.

El Señor, pues, escogió a David para pastorear a su pueblo, como nos dice el texto. En los dos versículos inmediatamente posteriores a estos que leemos hoy se nos dice que David empezó a reinar a los treinta años, y que su reinado duró cuarenta.

Aquí se describen varias imágenes que nos ayudan a entender la importancia de este hecho histórico. La primera es que se nos dice que vinieron todas las tribus, y eso es importante, porque anteriormente solo una de ellas había reconocido a David como rey. Así pues, tenemos la ansiada unidad que tanto busca la Iglesia a día de hoy, y que es tan necesaria, aquí reflejada. La segunda imagen tiene que ver con la pertenencia, pues cuando se dice, por parte de los ancianos, que somos hueso tuyo y carne tuya se está indicando que el propio David era israelita. La tercera imagen es que los ancianos reconocen la capacidad de dirigir, de liderar, de David, pues nos dice el texto que fue David quien los sacó de la guerra.

Estas imágenes coinciden con las dotes de liderazgo más verdaderas que existen, que imprimen ese carácter que solo los líderes, que no los jefes, son capaces de aportar. Implican que el líder debe tener siempre presente de dónde viene y a dónde va, a quién pertenece, que es lo mismo que decir que debe llevar a Dios en su corazón en cada paso que dé. También, que un líder debe poder dirigir, debe tener esa habilidad. David la tenía.

Y es por ello que seguimos el liderazgo de personas así, con esas habilidades. Todas ellas confluyen en Jesucristo, que es nuestro Modelo, nuestro modo de actuar, nuestro modo de vivir.

Nuestro modelo de libertad. Nuestro modelo de libertad sin mentiras, sin ocultar nada. Nuestro modelo para aceptar la cruz. Nuestro modelo para ser mejores, más sensatos, más íntegros, más prudentes. Nuestro modelo para vivir plenamente la vida, solo a la manera que nos permite vivirla según Él, según sus enseñanzas.

Acabo recordando unas palabras que dijo el papa Francisco, dirigiéndose a los jóvenes que participaron en la XXXVI Jornada Mundial de la Juventud, el 21 de noviembre de 2021, celebrando esta misma solemnidad:



«Queridos jóvenes, la libertad de Jesús atrae. Dejemos que vibre dentro de nosotros, que nos sacuda, que suscite en nosotros la valentía de la verdad. Y nosotros podemos preguntarnos: si estuviera aquí, ahora, en el lugar de Pilato, delante de Jesús, mirándolo a los ojos, ¿de qué me avergonzaría? Ante la verdad de Jesús, ante la verdad que es Jesús, ¿cuáles son esas falsedades mías que no se sostienen, esas dobleces mías que a Él no le gustan? Cada uno de nosotros las tiene. Búsquenlas, búsquenlas. Todos tenemos estos dobleces, estos compromisos, este “arreglar las cosas” para que la cruz se aleje. Necesitamos ponernos delante de Jesús para reconocer nuestra propia verdad. Necesitamos adorarlo para ser interiormente libres, para iluminar nuestra vida y no dejarnos engañar por las modas del momento, por los fuegos artificiales del consumismo que deslumbra y paraliza. Amigos, no estamos aquí para dejarnos encantar por las sirenas del mundo, sino para tomar las riendas de la propia vida, para “gastar la vida”, para vivirla plenamente» (Francisco, Homilía en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, 21 de noviembre de 2021).

Yónatan Pereira
yonatan@dabar.es

Segunda Lectura

Los dos primeros versículos de esta lectura son el colofón de una oración por los cristianos. (vv. 9-14). Ya ha habido una acción de gracias inicial y ahora pide el autor para que los colosenses puedan conocer totalmente los caminos de Dios y puedan progresar en su vida cristiana. Pululaban por Colosas falsos doctores con ideas equivocadas. Había que mantenerse alerta, por lo que el autor alienta a conocer mejor a Dios y a tener más experiencia de Cristo.

El Padre les ha hecho compartir “la herencia de los creyentes”. En el Antiguo Testamento la herencia era la tierra de Israel, aunque para la tribu de Leví era el Señor mismo. Así, para los creyentes, la herencia también será el Señor, porque el cristiano es miembro del pueblo sacerdotal. También ha sido el Padre quien nos ha rescatado de las tinieblas y nos ha llevado “al reino de su Hijo amado”. De la situación inicial de tinieblas en la que se encontraba la humanidad, se ha pasado al reino de la luz, siendo liberados y perdonados (1,12-14).

La parte central y dogmática de la carta comienza aquí. Cristo está por encima de la creación y los colosenses, que han participado en su obra salvadora, deben mantener la fe. Comienza con un himno litúrgico de dos estrofas, aunque no sabemos si es del propio autor o tomado de una liturgia, aunque sí que está bien integrado en el texto.

Comienza con una afirmación: “Cristo es la imagen del Dios invisible”. Se podría pensar en Cristo como nuevo Adán, ya que este fue creado a imagen de Dios. Cristo sería el nuevo Adán que está a la cabeza de la creación. Él es “primogénito de toda criatura”. Incluso se podría pensar en Sab 7,26, donde la sabiduría es llamada “imagen de Dios”. Viene a significar una posición de supremacía en la creación. También “en él fueron creadas todas las cosas”, por eso tiene el señorío sobre todo. Se mencionan también las cosas creadas: tronos, dominaciones, potestades... Con esto se quiere citar a todos los seres, los que podemos y no podemos ver. Y todo lo anterior es confirmado porque “Cristo existe antes que todas las cosas y todas tienen en él su consistencia”. Él es el que cohesiona el universo (vv. 15-17).

Una vez dejada clara la supremacía de Cristo en la creación, ahora se va a tratar del orden de la redención. En primer lugar “Él (Cristo) es la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia”. La cabeza, en sentido griego, significa a la vez autoridad, vitalidad y crecimiento. Con Cristo se va a establecer un nuevo comienzo. Dios es el que “tuvo a bien hacer habitar en él la plenitud”. Podríamos ver esto como el rechazo de las doctrinas que solo concedían a Cristo una parte del poder en el cosmos, habiendo otras potencias iguales a él. Además, Cristo tiene la tarea de “reconciliar en él todas las cosas”, es decir, devolver toda la creación a Dios. El pecado hizo perder la unidad y la armonía, por lo que Cristo, con su sangre derramada en la cruz ha reestablecido esta armonía derrotando a todas las potencias adversas (vv. 18-20).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Estamos al final del año litúrgico. El texto comprende dos perícopas, teniendo en cuenta que faltan los primeros versículos de la primera, que debería empezar en el v. 33. Estamos en el Gólgota. Jesús se enfrenta a su destino, crucificado entre malhechores, insultado por las autoridades y por los soldados romanos, condenado oficialmente como rey de los judíos.

Texto

Se trata de una narración de un hecho histórico sobre Jesús. En la primera perícopa (vv. 33-38). Se establece un contraste entre Jesús y el resto de los personajes; la multitud silenciosa y los que lanzan insultos, incluido el malhechor. En todos ellos aparece el verbo salvar, Jesús es crucificado por ser salvador, uno de los temas de la teología lucana. El final del éxodo de Jesús es la cruz. En Lucas se nos ha narrado el viaje (Lc 9, 31) hasta la cruz, que hemos ido viendo cada domingo, despojado de su dignidad humana, identificado con el justo sufriente (Sal 22), pero Lucas intenta compensar esas afrentas con tres títulos (Mesías, Elegido y Rey de los judíos).

La segunda perícopa (vv. 39-43) se nos presenta la escena principal del relato de hoy, puesto que la primera nos la han ofrecido más a modo de ubicación y para centrar la solemnidad que cierra el año litúrgico. Es una perícopa exclusiva de Lucas, inspirada en Mc 15, 32c, que sirve al autor del tercer evangelio para construir esta escena. En énfasis de la escena recae sobre las palabras de Jesús al segundo malhechor, hay quien llega a decir que constituye una promesa de Jesús a los mártires. En cierto sentido, está introduciendo el punto culminante de la crucifixión, es la tercera oleada de insulto que recibe y contiene la declaración de su inocencia. Es en definitiva una manifestación de la misericordia salvífica con los hombres, sea cual sea su condición, si se arrepienten. El segundo malhechor reconoce la justicia de su condena, frente a la injusticia de la condena de un justo y se dirige a él por su nombre, no como Señor, sino como Jesús, a la par que lo reconoce como rey cuando le pide que se acuerde de él cuando esté en su reino, mientras que la contestación de Jesús es para acogerlo en el paraíso. Así, el favor concedido supera infinitamente a la petición (S. Ambrosio) o estar siempre con el Señor (1Tes 4, 17). Lucas nos está presentando su concepción soteriológica de la muerte de Jesús, la condición regia de la que será investido cuando llegue a su gloria y haya sido exaltado. Es la afirmación implícita de la victoria sobre la muerte, de la que participará el malhechor arrepentido y que culminará en la siguiente escena cuando Jesús abandone su espíritu en manos del Padre.

Pretexto

De nuevo nos encontramos con la irracionalidad del mensaje cristiano, con la paradoja. El Rey crucificado, el poder en la humildad, la vida en la muerte, la salvación en el dolor... y, todo ello, por un amor eterno. El Gólgota es el culmen de la expresión del amor de Jesús a todos los que en el Evangelio de Lucas han aparecido como marginados. En el buen ladrón se concentran todos los que a lo largo de su vida se han ido cruzando con él y han ido siendo salvados. En él alcanzan la salvación. "Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso". Y en ese malhechor en el que se concentran todos los marginados se redime el primer pecado. Porque lo que motivó la expulsión de ese paraíso fue precisamente, no reconocer nuestra condición de pecadores, si revisamos el relato del Génesis veremos cómo cuando Dios pregunta por qué han comido del árbol prohibido la contestación es echar la culpa al otro, el hombre a la mujer y la mujer a la serpiente. ¿Te inhibes de la responsabilidad o la reconoces? ¿te sabes pecador ante Dios o pretendes que te salve porque tienes derecho a ello?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

“Crucificado entre crucificados”

“Este es el rey de los judíos”, he ahí la inscripción de la razón de la condena a muerte de Jesús. En el evangelio de Lucas, este título ahonda en la inmensa distancia entre el título de rey y la impotencia de este crucificado, cosido con clavos a un madero, madero muchas veces usado cruelmente. ¡Qué paradoja se da entre las esperanzas que habían puesto muchos en Jesús y la realidad de este condenado incapaz de salvarse a sí mismo!

En esta narración de la muerte de Jesús, contemplamos las burlas y las injurias que recibe el justo injustamente perseguido y martirizado por los magistrados, los soldados y uno de los malhechores crucificados con él, que cruelmente le desafían, poniendo en duda su condición divina. “¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros” le dirá este último, condenado como él a la muerte de cruz.

Si salvarse es la cuestión, Jesús, pudiéndolo hacer, no va a salvarse a sí mismo. Lo hace así, para salvarnos a todos. Solo entrando en nuestra situación, compartiendo nuestra condición crucificada, puede salvar a los “crucificados” de todos los tiempos. Pero, para podernos salvar, necesita de nuestra conversión a él, Solo un cambio radical de nuestro corazón, como el del Buen Ladrón, nos permitirá dejarnos salvar en su cruz de amor y solidaridad total hacia nosotros.

Tenemos en ambos malhechores las dos actitudes posibles ante Jesús crucificado: uno se pierde blasfemando a ese rey ridículo, el otro se vuelve hacia él y se acoge al poder de aquel de quien todos se ríen. En medio del gran sufrimiento físico de la crucifixión y anímico de las burlas y desprecios, Jesús manifiesta al Buen Ladrón que puede salvarle: “En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso”. En nuestro “hoy” está la salvación, en la persona de Jesús. Solo hace falta volvernos a él, convertirnos a él.

Miremos, pues, la cruz de Jesús. Con Jesús, ni la muerte misma podrá separarnos de la salvación, de la vida en plenitud. El señorío de Jesús no nace por una imposición sobre nosotros, sino del convencimiento, de la fascinación, de la huella... que deja su cruz y entrega en nosotros: “Me amó y se entregó por mí”, dirá san Pablo a los cristianos de Galacia. ¡Quien experimenta el amor de Jesús, amor hasta la muerte y muerte de cruz, no lo abandona nunca! Ese amor lo experimentó el Buen Ladrón y nosotros con él. Ese amor nos une en su comunidad de discípulos, la Iglesia.

Hoy la Iglesia suplica a su Señor: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”. Y nuestro Señor nos concede siempre mucho más de lo que pedimos, como asombrosamente obsequió al Buen Ladrón, autor de estas palabras. Él experimentó que el mismo Dios estaba sufriendo con él, cuando él “no había hecho nada malo” que mereciera semejante condena. Sentir la proximidad de Dios en la experiencia del fracaso y del sufrimiento nos salva. Así lo expresaba San Ambrosio de Milán: “La vida consiste en estar con Cristo, porque donde está Cristo, allí está el Reino de Dios”. Por eso, con Jesús, nos sabemos arrancados del poder de las tinieblas y de la muerte. Con Jesús, entramos en los umbrales del Reino de la luz. Con Jesús, nos salvamos a precio de la sangre de Dios: nuestro valor ante sus ojos es infinito. ¿También a nuestros ojos? La cruz de Jesús nos abre nuestros ojos ciegos, para poder ver la verdad de quienes somos.

Juan Pablo Ferrer
juanpablo@dabar.es



“Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino” (Lc 23,44)

Para reflexionar

Los cristianos de la primera hora aplicaron a Jesús los títulos mesiánicos de Hijo de David, de Buen Pastor, de Rey, de Sabiduría, de Palabra de Dios... ¿Qué ideas, sentimientos e imágenes surgen en tu interior ante títulos? ¿De qué títulos participamos nosotros como discípulos suyos?

Analiza la figura del rey David, en las diversas etapas del reino de Israel: consagrado por Samuel en nombre de Dios, elegido por la tribu de Judá, aceptado por las demás tribus con expresiones entrañables tal como escuchamos hoy en la liturgia de la Palabra. ¿Cómo integrar esta manera de ejercer el liderazgo en la Iglesia y sociedad actuales? ¿También sentimos nosotros que estamos llamados a un liderazgo servicial y no impositivo?

El salmo 121 es uno de los quince cánticos de peregrinación a Jerusalén (salmos 119-133). ¿Qué resonancias adquiere la alegría de los peregrinos, subiendo a Jerusalén, en nuestra espiritualidad? ¿Podemos encontrar esta alegría contagiosa y entusiasta en nuestras comunidades cristianas?

En la acción de gracias expresada por el apóstol san Pablo, Jesús se presenta actuando ya en los orígenes del Universo, imprimiendo sentido y pleno significado a los acontecimientos de la historia. ¿Cómo podemos comunicar la luz de Jesús a los acontecimientos presentes?

Contemplamos hoy a Jesús crucificado, entregado al sarcasmo de sus adversarios, pero un malhechor, que sufre la misma condena, el mismo fracaso y su misma muerte, le hace justicia, reconociéndole como el Mesías Rey y confesándose él mismo como pecador. ¿Qué nuevas maneras de profesar la fe públicamente podemos entablar en nuestro tiempo actual? ¿Cómo habría que denunciar las injusticias, encubiertas de legalidad?

Para la oración

Oh Dios, nuestro Padre, tú nos invitas a reinar contigo. Eres un rey que no nos trata como siervos, sino como reyes. Sácanos, pues, del dominio de las tinieblas. Fortalece nuestras débiles voluntades, a la hora de seguir los pasos y huellas de tu Hijo Jesús, verdadero rey del Universo. Inspíranos la decisión de entregar nuestra vida, al modo de Jesús, buscando el bien de los demás y compartiendo el Reino con los hermanos. (Inspirada en el misal italiano)



¡Jesús! Tú eres el Pan que alimenta y da vida. Tú eres el cáliz de fiesta que salva y fortalece. Une nuestros corazones con el abrazo de tu Espíritu Santo, para caminar juntos con los hermanos más necesitados y para renovar nuestra esperanza de llegar hasta ti, que eres la meta de todos nuestros anhelos.



Te adoramos, Padre, y reconocemos con los ojos de la fe las transformaciones que tú realizas en el banquete de la Eucaristía. Cuando tu Hijo Jesús ora por nosotros, nuestros rostros cambian y hasta nuestros corazones brillan de alegría. Sí, Padre, nuestros rostros se convierten en el de Jesús. Tú ves en nosotros el rostro de tu Hijo crucificado. La mesa de la Eucaristía -una mesa de familia- se convierte en altar. Así la llamamos ialtar!, porque tú, Padre, lo entregas todo a tus hijos: nos entregas lo que más quieres: a tu Hijo Jesús. Por eso, en esa mesa los hermanos, con Jesús, lo entregamos también todo a todos.



¡Padre! Envíanos tu Espíritu Santo para dar la vida por amor, para ayudar a tanta gente a curarse o a morir en paz, para acompañar a personas esclavizadas por diversas adicciones, para desgastarnos en la educación de niños y jóvenes, para cuidar a nuestros mayores acogiendo su sabiduría, para comunicar valores humanos en ambientes hostiles... en definitiva, para mostrar el inmenso amor a toda la humanidad de tu amado Hijo Jesús.

Cantos

Entrada. Tu reino es vida (M. Manzano); Pueblo de reyes (Deiss); Iglesia peregrina (Madurga); Venga tu reino (Fones).

Gloria. De Palazón.

Aleluya. Aleluya, aleluya el Señor es nuestro rey (M. Manzano).

Ofertorio. Christus vincit; Señor del universo (Barja).

Comunión. Anunciaremos tu reino, Señor (Deiss). Cantemos al amor de los amores; Jesus, remember me (Taizé); Tu reino es vida (Manzano); Venga tu reino (Kairoi); Cristo libertador (Erdozain); Beberemos la copa (Halfter); El buen ladrón (Iturralde).

Final. The kingdom of God (Taizé); Reina del Cielo (Bravo); El reino de los pobres (Andrea).

La misa de hoy

Monición de entrada

Hoy, celebramos el último domingo del tiempo ordinario, en la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. Nuestra mirada se dirige también al futuro, sabiendo que está en las manos de Dios. Dios es el futuro del hombre, incluso más allá de la muerte. Por eso, esta celebración nos ayuda a mirar las experiencias de muerte, fracaso y cruz con la valentía y esperanza de Jesús, porque donde está él, allí está su Reino, su vida y su justicia. Con la alegría que nos inspira Jesús, comencemos esta celebración creando un buen ambiente de fraternidad.

Saludo

El Señor Jesús, el Rey que nos trata como reyes y señores, está siempre con todos vosotros.

Acto penitencial

Orando juntos los hermanos, llamamos a Dios ¡Abbá! ¡papá! Pidámosle perdón, porque nuestras actitudes egoístas desdican su nombre de Padre:

-Tú, Jesús, eres el Hijo que compartes tu filiación divina con nosotros: Señor, ten piedad.

-Tú, Jesús, eres el Señor que te hiciste esclavo de los esclavos: Cristo, ten piedad

-Tú, Jesús, eres el que sigues crucificado en los "crucificados" de nuestro mundo: Señor, ten piedad.

Monición a la Primera lectura

Mencionar a David, nos traslada al nuevo David, Jesús, el único rey según el corazón de Dios. Es el único rey, porque, no con la fuerza ni con la violencia, él realiza la unidad plena del Pueblo de Dios.

Salmo Responsorial (Sal 121)

Vamos alegres a la casa del Señor.

¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor»! Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.

Vamos alegres a la casa del Señor.

Allá suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor; en ella están los tribunales de justicia, en el palacio de David.

Vamos alegres a la casa del Señor.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo presenta a Jesús como origen y meta del Universo. Como ser humano, el mismo Verbo divino es el primogénito de todas las criaturas. Como ser humano, Jesús es el primer nacido de entre los muertos. Asociados a él también nosotros entramos en esta obra grande de reconciliación y de paz.

Monición a la Lectura Evangélica

Dejémonos interpelar por las dos opciones posibles ante la cruz de Jesús. De un lado, los que se oponen a Jesús, los magistrados y verdugos, que hablan por boca de uno de los dos malhechores crucificados también con él. Del otro, la multitud silenciosa, que manifiesta su fe en Jesús, a través del Buen Ladrón, que por su fe puede entrar en el Reino de Dios.

Oración de los fieles

Cuando nos disponemos a alzar las súplicas de la humanidad crucificada y

sufriente, hagamos nuestra la oración del Buen Ladrón. Digámosle, pues: Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino.

-Por todos los que nos llamamos y somos hermanos, miembros de la Iglesia, con nuestros pastores... Por los que viven errantes, sin sentido, como ovejas sin pastor... oremos

-Por los que ejercen alguna responsabilidad en la Iglesia, en la sociedad, en la vida pública y asociativa... oremos

-Por las personas que están probadas, heridas en su carne, en su psiquismo, en su dignidad, víctimas de la enfermedad, de accidentes o de la violencia de sus hermanos... oremos

Jesús, Rey crucificado y coronado de espinas, tú no tienes otro poder que el del amor. Concédenos, siguiendo tus huellas, la lucidez de elegir siempre el amor como única fuerza y la humildad de servir como única grandeza. ¡Gracias por acogernos en la alegría de tu Reino!

Despedida

Hemos celebrado a Jesucristo, como Rey del Universo, como servidor de todos. Dejando a un lado los modos mundanos de ejercer la influencia social, la responsabilidad cívica, la participación activa en la vida eclesial, ¡podéis ir en paz!





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Jesucristo, Rey del universo, 20 noviembre 2022, Año XLVIII, Ciclo C

II SAMUEL 5,1-3

En aquellos días, todas las tribus de Israel fueron a Hebrón a ver a David y le dijeron: «Hueso tuyo y carne tuya somos; ya hace tiempo, cuando todavía Saúl era nuestro rey, eras tú quien dirigías las entradas y salidas de Israel. Además el Señor te ha prometido: “Tú serás el pastor de mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel”». Todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón a ver al rey, y el rey David hizo con ellos un pacto en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos ungiéron a David como rey de Israel.

COLOSENSES 1,12-20

Hermanos: Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

LUCAS 23,35-43

En aquel tiempo, las autoridades hacían muecas a Jesús, diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido». Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo». Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: «Éste es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro lo increpaba: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Jesús le respondió: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso».

